

Xenia. Un Mar

Traducción de Rigas Kappatos

Estaba sola y vagaba por las calles. Era una mañana vacía y daba vueltas en las estaciones de los trenes, hasta llegar a los viejos muelles, a los diques de madera que estaban completamente abandonados.

“¿Ya no vienen más barcos aquí, o quizás no hay más barcos?”, preguntó. Después miró alrededor y no vio a nadie.

“Si estoy sola, ¿por qué hablo en tercera persona?, dijo, y miró lejos, el mar.

Me senté ahí largo rato sin que sucediera nada. Aquí pasan quizás muchas horas, sin que nada ocurra, sin desmentir las estadísticas que dicen que cada minuto se comete un crimen, cada dos minutos se abusa sexualmente a un niño.

Solamente en las novelas los hombres caminan libres. Aun en la vida dan largas caminatas por la playa, fumando una pipa o con las manos en los bolsillos. Pero yo tengo que prever a mi futuro violador, que podría ser el que está viniendo desde el viejo pabellón, ya casi caído al suelo. Tantas veces que te pedí pasear conmigo por los viejos diques, pero tú dijiste que no te gustaban porque las aguas estaban sucias y las maderas podridas. “No hay nada allá”, dijiste, y buscabas en el mapa algún paseo como el de los impresionistas, aunque sabías que ellos habían muerto hacía ya mucho tiempo. Yo dije “quiero ir allá”; sin saber por qué encontraba en este lugar algo como una magia triste que hasta me podría servir como refugio. “Pero si no quieres ir tú yo iré sola”, dije.

El hombre que venía desde lejos se acercó a mí. Tenía un perro. “Ah, es un ciego”, me dije, y me calmé. Se sentó más allá y me miró. No sé si vio algo,

porque estaba tan exhausta que no emitía ninguna luz. Se sentó ahí sin hablar durante mucho tiempo, y yo lo miraba a veces a él y a veces al mar. Al final los dos mirábamos a lo lejos, pero no llegaba nada del mar. Solamente un barquito amarillo apareció por unos minutos y después desapareció rápidamente.

Era uno de esos barquitos de línea para los turistas. Pero el ciego no se dio cuenta porque él no estaba a la orilla del mar. Sintió que yo estaba todavía allí y preguntó:

- ¿Cómo te llamas?
- Xenia.
- ¿De dónde eres?
- De un país antiguo.
- ¿Hay mar allá?
- Sí.
- ¿Cómo es?
- Grande y azul, le dije.

No hablo más. Después me di cuenta de que este mar no tenía ni ola ni sonido. Pensé levantarme para irme. “De veras, no hay nada aquí”, dije, pero vi a una vieja que llegaba jalando un coche de bebé, vacío, y traía abierto un paraguas roto y rosado. Tenía puestos unos guantes rosados y dos faldas color pastel; venía apurada. Me detuve para verla llegar.

“Tardaron”, dijo entonces el hombre.

“No tardaron”, dijo la vieja; “están por ahí, al lado”. Lo ayudó a ponerse de pie y él la siguió.

Entonces me levanté yo también para saber dónde iban e hice un esfuerzo para ver lo que esperaba ver, pero no vi nada.

Por ahí un grupo de muchachos tiraba alka seltzers a las gaviotas. Ellas se tragaban las píldoras y después hacían un ¡bum! y explotaban en el aire porque su estómago se inflaba mucho. Y caían verticalmente en el mar. Los muchachos reían y la vieja cerraba su paraguas contando así las gaviotas muertas que llenaban el agua.

“¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco!”, decía, y el ciego movía la cabeza. “¡No”, dijo, “los bum eran siete!”